

## Las palabras bajo el agua

Víctor Bernal García\*

Este niño sumergido bajo el agua solo se deja flotar en la superficie temible y helada. ¿Cómo llego ahí? No lo sabemos; pero nos percatamos cómo un segundo personaje se introduce bajo esa acribillada superficie, generando millonésimas de ligeras burbujas con oxígeno y rescatando al infante de lo que seguramente pudo haber sido una muerte desamparada.

Una vez fuera de agua, el infante comienza a recibir atención por el marino que se arrojó a él. Al tiempo que eso sucede, el marino comienza a gritar por la ayuda de su capitán y del resto de la tripulación, puesto que sería sádico y sínico observar una situación así y contraponerse con una negativa a apoyar. La respuesta de su capitán entre penumbras sonoras, fueron las palabras: —Tú lo querías salvar, tú te encargarás de él.

Lo que produjo en el marino la iniciativa de insultar a su capitán una y otra vez mientras presionaba más y más el pecho de su salvado. Como incentivo extra, un porcentaje reconocible de la tripulación se hallaba apostando naipes sobre una mesa de la popa. Excitados y eufóricos por la situación que contemplaban a su costado. Todos comenzaron a apostar en el nombre del marinero, si lo lograría salvar o no. Comenzaron a gritar: — ¡Ándale Socorro, demuéstrale al capi que sirves de otra cosa más que de rinda para el timón! —. El marinero contestó arrojándoles con vigor y furor un cuchillo extraído de una de sus botas hasta los naipes hallados sobre la mesa de juego. Más eso no los calmó tanto.

La tensión comenzaba a fortalecerse, el tiempo seguía su transcurso, el capitán aumentaba su orgullo e indiferencia mientras Socorro no conseguía su cometido y el resto de la tripulación se anteponía con el alcance sonoro de las apuestas cuyas enzimas sanaban por encima de todo lo

\* **Estudiante de Licenciatura en Letras Hispánicas en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, Tecnológico de Monterrey.**

**Mientras esa  
escena sucedía, el  
marinero Socorro  
no quiso participar  
en la persecución  
y decidió acercarse  
a babor, donde  
encendería un  
cigarro extraído  
desde su  
característica bolsa  
de mano.**

demás. Hasta que... el infante logró desatar un chorro de agua que lo liberó de la garras incrustadas por la muerte.

Todos sobrecogidos y sin ninguna palabra por mencionar, guardan un silencio intenso. Se espera que Socorro haga los honores y se presente ante el infante. Sin embargo, para sorpresa de todos, lo único que se alcanza a oír es el susurro interferido de la flota. Con un acercamiento tajante, el capitán recorre a varios marinos, abre el cumulo de chismosos y observa directamente los ojos de Socorro. Todos callaron, así es que se alcanza a escuchar el contacto entre la popa y la corriente marina. Entonces el marinero Socorro comentó: —Se llama Scott, y lo devolveremos, sin importar qué—. El niño desconcertado, voltea a ver su alrededor y soltándose de los brazos de Socorro, se inclinó hasta alcanzar a escapar del cumulo. Era cómico, puesto que el niño solo portaba un par de prendas descomunales y caracterizadas por ser empleadas como ropa bochornosa; además de que el niño emprendía una carrera, perseguido por un aproximado de veinte hombres mayores que se esforzaban en cogerlo sin caer por la borda.

Mientras esa escena sucedía, el marinero Socorro no quiso participar en la persecución y decidió acercarse a babor, donde encendería un cigarro extraído desde su característica bolsa de mano. Se encontraba calmado y carcajeándose de lo que presenciaba, además de que, en ciertas circunstancias, fue bien recibido con una conversación junto a su capitán; quien también decide apartarse de la ridiculez que se había inaugurado en la cubierta del barco. Entonces, el capitán le preguntó: —¿Por qué es que había salvado a Scott? —y con una respuesta bastante pobre, Socorro le contestó que se estaba humanizando, quizá. Finalmente, y antes de que su conversación concluyera, el capitán carcajeó una o dos veces, le pidió un cigarrillo y al tiempo que lo encendía le mencionó que se le complicaba cuantiosamente figurar alguna realidad hipotética en la que el mayor criminal que él hubiera conocido se humanizara, —más por el orden y la jerarquía que conlleva un barco— como lo que le pide un capitán a su segundo al mando, y este a su tercero, en esa consecuencia progresiva llegando hasta el puesto de mayor inferioridad; donde se encontraba situado Socorro.

Socorro, considerando la conversación con su capitán, analizó la situación espacial que se había generado por la persecución del infante y le puso un fin, extendiendo su

pierna derecha en el punto estratégico para que Scott tropezara. Una vez caído, el niño se desmayó y la persecución cedió. El marinero Socorro volteó a ver a su capitán. Nuevamente, el capitán fijó sus ojos, y mencionó las palabras: —Has lo que quieras con el mocoso, yo lo devolveré tarde que temprano. Au revoir.

Varias horas más tarde, el sol ya rayaba el horizonte y por alguna cuestión, la flota de ese navío se había acostumbrado a dar un remojón durante un aproximado de media hora. Mientras tanto, dos o tres buzos se aventuraban a buscar reliquias oxidadas para vender. Para el término de esa cláusula sobre la que los marineros se relajaban de varias horas de pesca y trabajo arduo, de uno en uno se fueron retirando aquellos, cuyos deseos habían sido saciados. Para cuando resultaba haber tres hombres bajo el agua, el marinero Royer, Socorro y otros dos buzos en espera de ascender, se nos presentó esta imagen: un hombre de porte hastiado, con una cabellera de varios meses sin cortar, una barba a tres días mal emparejada, distintos collares y recuerdos conllevados en el pecho y con excesivos tatuajes a los costados de sus brazos, se hallaba con las piernas entrecruzadas y los ojos cerrados y el pensar constante de la inexistencia del temor. Puesto que, en cualquier momento —por las horas que eran— podría ser atrapado en una arrecife, o de la misma manera podría ser jalado a contracorriente y simplemente podría ser ejecutado por algún maligno animal de un momento a otro. Sin embargo, él se hallaba calmado, rodeado del liquido inmaculado, aquel helado y estresante fluido, que se presenta en un punto medio de calma y quietud. Posteriormente retumbaron las burbujas a su alrededor.

Situados en una escena bastante similar a la vívida aquel día por la mañana, algo le había caído por encima a Socorro. El infante Scott, aquel que había sido salvado, se introdujo por sí mismo sobre el agua, sin prestarle atención a las advertencias dadas por el resto de la tripulación y obtuvo lo que quiso. Una gran sumergida, la cual concluyó en el impresionante regaño de Socorro, pues se alcanzaron a escuchar los gritos en medio del atardecer con las aves elevándose y ambos recién salidos del agua.

— ¿Cuántas malditas veces te tendré que salvar del suicidio en un solo día?

— ¡Yo sé nadar!

—Entonces deja de hacer estupideces y ocúpate de lo que sea que te toque, porque si te vas a quedar aquí, ¡trabajarás!

—Bien.

Esa noche, el capitán mandó a dormir al infante Scott dentro de su camarote, el cual se encontraba bajo la cabina de mando y evidentemente era el más lujoso que había en toda la nave; de igual manera en medio de la noche, ya con todos durmiendo, el marino Socorro estaba acostado sobre su camastro. Se recostaba de un lado y comenzaba a sentir un excesivo calor, entonces se volteaba para el opuesto y escuchaba un excesivo y molesto ronquido por parte de uno de sus compañeros. Debido a eso, su resolución adecuada fue arrojarle una manta que estaba a su alcance hacía el rostro de su compañero, quien ni se inmutó tras recibir el golpe, pues se arrojó con ella frente a la cara no sosegada del marinerero Socorro.

Con un rictus de histeria, el marinerero Socorro se desprendió hacia la cubierta del barco, dónde para su sorpresa hallaría a su capitán, quien estaba haciendo la simple y sencilla tarea de barrer y trapear la proa. Vaya susto que se llevó el capitán al percatarse que se acercaba alguien más de la tripulación. De hecho, del susto, decidió extraer su viejo y campirano revolver para apuntar hasta la fase craneal del marinerero Socorro. Concluyentemente, al percatarse quién era y como no se pasmó tras tener un arma de frente, el capitán descendería la mano con la que apuntaba mientras realizaba el comentario: —Me alegro de que hubieras sido tú, a cualquier otro, le hubiera disparado—.

Entonces, entablado conversación, el marinerero Socorro preguntó: —¿Por qué? — a lo que recibió por única respuesta, el que: —todos los demás en la tripulación hubiesen merecido esta bala sobre su cabeza—. Sorprendido una vez más, el marinerero Socorro cuestionó a su capitán mencionándole que muchas más personas no estarían de acuerdo con su opinión. A lo que el capitán lo evadió con la pregunta: — ¿Tú qué crees que yo era previo a volverme parte del mar, Royer? —. Socorro se quedó reflexionando unas instancias hasta que su capitán lo volvió a cuestionarlo con la pregunta: —¿Tú qué crees que eran Migelangelo o Chino? — aún con el constante reflexionar que presentaba el marinerero Socorro y antes de que se importunara a comentar algo, el capitán le mencionó: —No interesaban en lo más mínimo sus nombres o lo que les gustará, sino

lo que hicieran previo a formar parte de la flota en el navío. Y bastante desconcertado, el marinero Socorro le intrigó el porqué de lo que enunciaba su capitán. Así fue como obtuvo la única respuesta de voltear a su alrededor, kilómetros y kilómetros de agua, ¿para qué?, si es que él sabía mejor que nadie el peso de las palabras y cómo estas consignarían el ritmo de nuestra vida.

Aún más desconcertado, el marino Socorro le preguntó a su capitán por la referencia de sus palabras. Y el hombre al abrir la boca, le exigió un cigarro más para que consecutivamente el marinero sacara dos cigarros de su bolsa, le extendiera uno a su capitán y con un par de cerillos, cada uno encendiera el suyo hasta que el capitán retoma la conversación, preguntándole al marino Socorro: —¿dónde se había quedado últimamente?—. El marinero Socorro ya no sabía a lo que se refería su capitán, si es que se refería a la conversación en la que ambos participaban, si es que se refería a lo que había hecho previamente a formar parte del navío o lo que quisiera decir. El marinero Socorro se comenzaba a intrigar si es que su capitán se encontraba en un estado concreto de salud, porque... no parecía ebrio, mucho menos frenético, pues le asimilaba más la idea de que fingía haber enloquecido casualmente.

De todas manera, el marinero Socorro contestó que no recordaba dónde había consignado la conversación previo a comenzar a fumar, con esa última palabra de las entre dichas, su capitán le preguntó: —¿Dónde consigues estos cigarros tan buenos, Royer?—, a lo que el marinero Socorro solo pudo contestar: —¿Sí sabe que son cigarrillos de mariguana verdad, capitán?— Postrado con cierto grado de emprendimiento, el capitán mencionó que sí lo sabía, tan solo que ya tenía muy arruinado el sentido del olfato, y comenzó a carcajearse como desquiciado.

Nuevamente, retomando la conversación, el marinero Socorro le preguntó a su capitán porqué se hallaba fuera de su cama a medianoche, a lo que el capitán decidió preguntar porqué es que el marinero Socorro se había decidido arrojar en el agua, además de hacer todo lo posible por salvar a al infante. En un momento de silencio, el marinero Socorro consideró muy seriamente cuál sería su respuesta; y sin algo claro decidió contestar: —No lo sé, creo que me recordó a mí y a la reflexión diaria que tomo bajo el agua cuando el sol esta a punto de ocultarse en el horizonte, quizás fue por eso.

**El marino Socorro, ya bastante harto de todo lo que mencionaba su capitán, esperaba con ansias la conclusión de la conversación para volver a su camastro y recostarse sobre su cama.**

El capitán abrió la boca una vez más y le dijo a Royer que cuando lo aceptó en el navío, consiente de todo lo que previamente había hecho, fue porque creía que aquel navío era el lugar perfecto para que hombres como él o sí mismo terminaran refundidos. Con todo el infierno que cargaban por detrás, y todo el paraíso que les aguardaba por delante. Ese navío le parecía el purgatorio perfecto que no debía ser olvidado por los dignos marginados de su sociedad secreta. El marino Socorro yacía más perdido que nada en esa conversación y siendo sinceros, el cigarrillo no le ayudaba mucho que se dijera. Afortunadamente, no hizo falta nada más que hacer caso a todo lo que su capitán tenía por decir. Pues volvió a abrir la boca una vez más y con nada certero que comentar, le mencionó a Socorro:

—Mira Royer, no estoy seguro, si es que tú eres religioso, pero... todos decimos y todos tenemos una razón para estar en dónde y cuándo estamos hoy en día. Sé que lo que te estoy diciendo ahora no tiene mucho sentido, seguramente no tenga nada de sentido, pero tratando de elegir las palabras correctas, te designaré un encargo. Nadie más puede enterarse de que yo te lo otorgué, seguramente hostigarían más, sin embargo, tú fuiste excepcional al llegar. Te pasaste por el arco del triunfo más de la mitad de mis órdenes y desorganizaste el navío, mandando al carajo a un cuarto de tus compatriotas marítimos. Así que ahora pienso en devolverte el favor...

El marino Socorro, ya bastante harto de todo lo que mencionaba su capitán, esperaba con ansias la conclusión de la conversación para volver a su camastro y recostarse sobre su cama. Pero para su sorpresa, su capitán tomó el revolver oculto tras su chaqueta y consiguiendo por primera vez ver atónito al marino Royer Socorro, empuñó el arma con dirigencia frontal a su hueso craneal. Entonces, le exigió a Socorro que se alejara. Las voces comenzaron a retumbar más sobre la proa, uno le gritaba al otro que estaba desquiciado y el otro le contestaba que no lo hiciera.

Estupefacto y humanizado, Royer volteó a ver a su capitán, concentrado en lo que estaba por escuchar, puesto que conocía bien las repercusiones que cargaba encima. Su capitán alzó la voz una última vez y le instruyó lo siguiente:

—Escúchame bien Royer, porque solo tenemos esta oportunidad, ya que jalaré este gatillo tarde que temprano, ésta misma noche, estos mismos minutos y nada de lo que hagas

evitará que suceda de esa manera. Tú y yo conocemos bien las reglas del navío y sabemos que una vez pasado lo acontecido, el resto de la flota te acusará de amotinamiento autónomo. Consecuentemente todos y cada uno te tratarán de aniquilar por haber fusilado a su capitán sin apoyo alguno. Y tendrás dos resoluciones posibles, tú decidirás la que mayormente importe. Podrás aceptar el reto e ir enfrentándote uno a uno con cada tripulante del navío hasta que necesites reestructurar la flota por escases de la misma o podrás tener unas cuantas instancias para tomar lo que desees de este navío, ya sean tus cosas, ya sea una miseria o Scott, pero te deberás encargar de que eso suceda con rapidez. Pues tu escape deberá ser perfecto y audaz, todo antes de que te logren asesinar, la decisión es tuya Socorro.

El despavorido chirrido en la inconciencia del capitán alteró todo lo que se encontraba a la redonda del gatillo. Socorro, espantado por primera vez, volvía a ser humano en aquel momento.

Royer al fin es desenmascarado como "el poco temerario que es" y de frente a la flota, trata de escapar, comienza a correr y enfrentar a uno por uno conforme se los va encontrando en su escape. Ya ha recorrido la mitad del barco y aún no consigue lo que busca. Se golpea uno a uno, se fatiga y lo alcanzan al fin. Lo comienzan a herir, pero decide no darse por vencido. Él sabe que esa noche bajo las estrellas, es la primera noche del resto de su vida. Y en un plan bastante heroico, tras gritonear varias veces la palabra Scott, a diestra y siniestra, especulando dónde podría estar el endemoniado, ya ha mutilado a dos de sus compañeros. Ya no hay orgullo en esa pelea a puño "limpio". Del honor se deshace sin duda alguna. Parece al fin, que es el exacto momento en el que se sintió libre el marinero Socorro. Libre desde dentro, desde aquella ocasión en la que se despidió de su esposa, calló su hocico y sintió en el medio del agua fría, helada, callada, esa única libertad.

Socorro, siendo golpeado por todos esos marineros, comenzando a sangrar y a sollozar, podía decir lo que fuera y nadie lo escucharía; ni le prestaría atención. Así que lo comparó con aquella vez cuando se percató que, bajo el agua, sucedía exactamente lo mismo:

La ignorancia, desatada en las cuerdas vocales, comúnmente era deslingada de la racionalidad y así nadie comprendía lo que decía; con suerte lo entendían.

Socorro era un representante timado, tuvo mucho dinero y constantemente organizó ruedas de prensa, en las que observó aquel fenómeno de las personas. Previamente a formar parte del navío, Socorro sufrió de una parálisis temporal en la que necesitó terapia acuífera para recuperar sus capacidades motrices. Allí sintió un llamado por el agua, o más bien un reclamo. Y consiguió su reflexión perfecta: Bajo el agua, uno puede gritonear y mencionar lo que desee, más no se escuchará, únicamente en su cabeza existirá la creencia de haber dicho lo que dijo. Y siendo golpeado por esos marineros, se sintió exactamente igual, libre de consecuencias por totalidad.

Parecía ser el fin del marinero Royer Socorro, cuando sin previa alguna, se alcanzó a oír un novedoso disparo proveniente de la popa. El disparo efectivamente atinado a la cabeza de Socorro fue resultado del arma entre las manos del infante Scott.

Toda la flota, compartiendo la misma expresión facial presentada momentos antes por Royer, se quedó observando al infante. Y se alcanzaron a oír las palabras:  
—Adelante, es el turno de que me aniquilen.